

Martin Cid



Sombras

SOMBRIAS

Martin Cid

Para Jack, Nora y Günter

Sombras

Autor: Martin Cid

<https://libros.martincid.com>

I

Humo.

Silencio.

Sintió una extraña presencia a su lado que le tomaba por el hombro.

Se perfilaban, casi sinceros, los dos primeros acordes de la sinfonía que, desafiantes en el conjunto, trataban en vano de imponerse. La contempló, a su lado, casi podía verla. Sin confesarlo compraba dos entradas, tal vez apareciese..., aquella noche, fría como todas, ocre. No tendría a quién decírselo: se había marchado.

Cuando tomaron el cadáver de Cristóbal, su madre contuvo las lágrimas. Sólo le miró, eso bastaba.

Tomó aliento y esperó paciente a que terminase. La última parte era la más vulgar de la composición: comenzaba con fuerza y se diluía, para después retomar la fórmula inicial, en un eterno retorno, apenas un par de variaciones sobre el tema. Le gustaba la obra pero, sin embargo, algo faltaba.

A su lado, una butaca, ¿vacía? Artificial.

Regresaba, como una nota repetida, por aquellos mismos callejones y plazas. Un poco de él, algo de ella, mucho de todos, de nadie. Las noches eran largas. Sintió algo extraño, un pasaje no presente, como una frase reminiscente dentro de la melodía que trataba de tararear,

nunca podría, con aquellos sones concisos que, como cuchillos, se imponían a la melodía principal que siempre repite, vuelve.... Como un fantasma.

En silencio.

Algunas veces, pasaba la noche en vela, no había ya sueños. Tumbado, esperaba la mañana, mientras sentía cómo sus uñas se extendían y se agrietaba su piel. Si había prestado la suficiente atención, podía reproducir las notas que había escuchado, en cada dedo, crecía, al menos en su forma predominante. Siempre existía una nota que, deforme, obligaba al resto de la composición, extendiéndose bajo su forma de animal. Alguien de cabello negro se lo dijo.

La echaba de menos. Solían acudir juntos a los conciertos, quizá fue ella quien le descubrió aquel mundo lleno de compases y armonías. Le gustaban los impresionistas y la música moderna, en aquellas partituras sin rostro que imitaban sin conseguirlo una naturaleza esquiva. Sonaban los timbales a lluvia y los violines a viento azotado. No podría olvidarla, tumbada sobre una habitación, la abrazaría como la última vez, así tal vez no escaparía, mirando al techo, recordando en silencio los sones de la última orquesta, suspendidos en el aire, ahumado.

Tras el concierto, solían tomar un café, dos, tres... Una copa, dos, tres... Ella se quedaba en silencio, esperando que la melodía retornase, sin miedo..., escuchar la lluvia que caía tras las paredes amarillentas. Al fondo, una mujer cantaba, reflejada en el espejo de una vieja taberna, como todas las demás.

Aquella noche, regresó sin tomar café.

Despacio, tomaba aliento, tan solo miraría al techo, ¿toda la noche? Quizá sólo algún fragmento en clave de fa. Quería recordar los motivos, la melodía brusca sobre los trazos, a veces cansados, sobre una montaña, despacio, espesa.

Antes de despertar, creyó sentir un tacto helado que le llamaba, en silencio.

Silencio.

No habría dormido, ¿aún no había despertado?

En silencio.

II

David despertó, casi como cada mañana.

Cinco de diciembre, de eso sí estaba seguro. Tenía mala memoria. Munich, de nuevo. Apenas tenía recuerdos de aquellas tierras tan diferentes al lugar donde había nacido, la española sierra de Albarracín. Recordaba las clases y a sus compañeros, distantes. Al finalizar, esperaban, en silencio, frío.

Mientras se afeitaba, se vio la piel, huía, huía, ¿volvería a mentirse? Dejó correr el agua, mientras terminaba el cigarrillo, metódico, en una pausa rebuscada. Estaba helado, o eso pensaba. Había olvidado la melodía.

Miró a través de la ventana, por un momento. Aún era de noche, largas en aquella Alemania de aromas ocres. No había regresado a aquel hotel que había estado junto a Emma, no regresaría jamás. Tal vez le mentía.

Nada tenía que hacer, como cada mañana. Le empezaba a resultar gravoso el asunto del afeitado. No consideraba dejarse barba. ¿Cómo le quedaría? Demasiado español, sería mejor continuar así. Podría pasar desapercibido entre los rostros anónimos, ahora ya adocenados, serios, sin vida..., nunca podría llegar a amar aquella tierra estéril.

Las semanas transcurrían como quien las mira en un calendario, esperando tachar una tras otra, cigarrillo tras

cigarrillo. A veces, se cortaba afeitándose. Un día feliz: al menos, tendría algo en qué pensar.

Sonó el timbre, despacio. Pensó por un momento hacerse el dormido, evitar contestar, ¿de qué serviría? Tal vez, al final, alguien habría considerado sus calificaciones y su experiencia. Tal vez... ella habría vuelto.

Un muchacho de cejas espesas le alargó un sobre, un telegrama.

-Danke schön.

Lo dejó sobre la cama, aún no era tiempo de abrirla, preferiría esperar un poco, como en una primera cita. Se afeitó, casi apresurado y nervioso. No podía dejar de pensar en el telegrama que, impasible, aguardaba. Apenas había terminado la zona del bigote, se lavó la cara. Mentiras, de nuevo.

El remite era inequívoco, no se trataba de un trabajo. La noticia que había estado esperando años, sin saberlo. Ya estaba preparado, ¿quién no lo está? Alemania le había servido para escapar por un tiempo de aquella España profunda que, lo recordaba, se obstinaba en querer olvidar. La sierra de Albarracín pertenece a la comarca del Maestrazgo, cuelgan los pueblos de las laderas de las montañas, nacen cuevas y arroyos, aún cristalinos. Fue el lugar que le vio crecer y, en cierto sentido, morir.

La noticia no le sobresaltó, la había esperado desde

el momento en el que, con dos maletas en los brazos, dejó para siempre aquel calizo paisaje. Cristóbal ya nunca estaría. Esperó, un momento más. Debería abrirla, sin duda. En aquella Alemania, a veces se sentía presa de esa especie de “vena kafkiana” que le llevaba a ver el lado cómico de las cosas. Una situación, por muy horrible que sea, tiene siempre dos caras. Es ésta la máxima verdad a la que ha llegado el pueblo germano, quizá el único punto de contacto con el carácter español, tan serio como jocoso, tan marcadamente antitético. Herr Maeterlinck lo señalaría con asiduidad, con estudiada y a veces inconveniente familiaridad.

Se trataba de una clase con apenas diez alumnos, casi unos condenados por las normas académicas convencionales, si es que hay alguna rama de la Historia que no puede ser considerada maldita. Cada mañana, sin error, Maeterlinck hacía hincapié en su ascendencia y las reminiscencias de ciertos ritos en algunas partes de la geografía española. No era extraño, sin embargo, ya que la región entera había tenido influencia de culturas íberas o celtas (las más antiguas y ligadas a las primitivas sociedades matriarcales). Ahora, con aquella carta esperando sobre la cama, podía recordar al Maeterlinck más ufano, casi kafkiano:

-Como bien intuyeron nuestros amigos los católicos,

la naturaleza trina de la diosa se transmite desdoblada a los helenos: es Proserpina, la adulta Afrodita (cuyo espejo es Artemisia la Vírgen) y la madre Hera. Ya sea transmutada en las tres musas de Homero o en las tres brujas de MacBeth, en las tres gracias de Botticelli... las características de las diosas se funden en las distintas mitologías hasta casi el olvido, si bien éste es siempre aparente, ya que la imagen de la antigua diosa de origen mesopotámico reaparece constantemente, ya sea ornamentalmente o como referencia constante entre las antiguas religiones (que ahora algunos llaman mitologías).

-Miren bien al estudiante, amigos míos –David trataría de sonreír-. La naturaleza, siempre en constante y aparente desequilibrio, nos da dioses que vienen a confluir en principios contrarios. Así, los contrarios se enfrentan y surge un vencedor (como mandan los dioses de los patriarcas); o coexisten bien y mal dentro de una misma sociedad (como en el caso de algunos cultos primitivos o en las sociedades matriarcales). ¡Así son! Miren a los españoles, estos seres a veces peculiares, formados a partir de restos de culturas, caóticas y divergentes, a veces incluso efímeras. Forman un todo informe, casi indeterminado.

Le miraba directamente, como si la conferencia entera estuviese dirigida hacia él. Una vez, tras abandonar las clases, el viejo le llamó:

-Espero que no me tenga a mal las bromas y comentarios que hago sobre usted. Me gusta sacar lo mejor y lo peor de cada alumno, y parece ser usted el único que, a la vista de los resultados, ha sido capaz de comprender algo de los estudios a los que hemos hecho referencia.

En realidad, nada comprendía David (y le interesaba aún menos) de los rituales que, según dicen, aún sobreviven en aquellas tierras. David estaba allí para terminar unos estudios en los que había perdido toda ilusión. Pronto terminaría la beca de no contar con el favor del viejo Maeterlinck.

La carta, sobre la cama, pendía sobre sus recuerdos como una losa. Quizá les recordaría de alguna otra manera, siempre había albergado la remota esperanza de volver a verlos, en una forma distinta, más amable, familiar, lejos de la sierra de Albarracín que, extraños, un día les vio crecer. Cristóbal, Cristóbal.

Las clases terminaron, y David olvidaría las peroratas sobre mitos y diosas primitivas para centrarse en sus libros, casi modernos en comparación con las mitologías. Volvió a Bizancio y Creta, a Minos y Roma, lejos de los dibujos rupestres que aún se perfilaban en aquellas cuevas aún hablaban de osos, ciervos y clanes que, si la sacerdotisa lo permitía, reinarían hasta el próximo cambio de luna.

-Hay cosas que nunca cambiarán -diría Maeterlinck

en su última clase.

El profesor murió aquella misma noche, mientras dormía, en silencio, en paz.

-Cuando muera, habrá otro que me sustituya. Sí, queridos alumnos -Maeterlinck subrayaba especialmente lo de «queridos»- vendrá alguien más joven y, tal vez, con mayor talento. Antiguamente, se abandonaba al viejo sacerdote en el bosque, solitario. Sólo se le daría una espada. Mi rama es el conocimiento, yo os reto. Sólo aquel que demuestre mayor destreza, entrega y sabiduría podrá sustituir al viejo. Con el tiempo, el sabio olvidará el lenguaje de los hombres, y ya sólo hablará con los árboles y los lagos helados, con las montañas y los bosques. Así, el viejo enloquecerá y, como solemos hacer los ancianos, nos consideraremos imprescindibles, sabios. Engaños, mis queridos alumnos. Llegará alguien, tal vez uno de vosotros, que me derrotará, en buena lid..., pero derrotará siempre a un sabio ciego y loco, el único sacerdote del culto a Diana.

David lamentó profundamente la muerte del profesor. El viejo, antes de morir, en aquella última clase, predijo su propio fin. Las reglas habían cambiado, nunca podría jubilarse, Maeterlinck lucharía hasta el último momento de su vida. Ya Eneas, en su ritual fúnebre, fue llevado ante el espejo de Diana, lo dice la leyenda, tomando con facilidad la rama de muérdago.

Se sentó junto a la cama, en silencio, mientras el rostro del viejo profesor parecía tomar forma. Despacio, la recordó también a ella, sobre la cama de una habitación de hotel, en Munich. La contempló toda la noche, en una arruga que acariciaba su piel, joven.

-La diosa toma diferentes formas y se manifiesta como joven, mujer y anciana, pero es una sola Diana.

La soñaría así, en silencio. Nunca más podría dormir, ya siempre estaría dormido. Aún dormía, tal vez lo imaginó, quizá se mentía, como siempre. Ella le sonrió, despacio, Proserpina, Hera o Artemisia.

La carta narraba la muerte de sus padres, David no pudo sentir lástima. Tendría que regresar.

III

El telegrama era sucinto: sus padres habían muerto hacía ya un mes. Tendría que acudir a ocuparse de sus cosas y de su hacienda. En la misma, se recomendaba a un hombre para que se hiciese cargo, si así lo deseaba, de la venta de la casa. No esperaba ya nada, nunca lo esperó desde el día en el que dejó el pueblo, ante la inquisidora mirada de los habitantes.

Todo había cambiado, desde aquel mismo instante en el que, ya despierto, observó con calma la habitación. La sentiría, una vez más, su canto quebrado, las melodías que, inconsciente, tarareaba antes de dormir. Poseía una enorme memoria para las armonías y las estructuras musicales, que a veces alteraba casi sin darse cuenta. De no haber tenido dinero, tal vez lo hubiese conseguido. Emma siempre tarareaba. Despacio, llamó a recepción y pidió la cuenta del hotel y una reserva.

Cuando llegó el botones, todo estaba listo. En realidad, estaba listo hace siete años cuando, una tarde, de improviso, supo que nunca sabría nada de ellos, jamás.

Tomó un par de mudas y las introdujo en la maleta; un cepillo de dientes, varios conjuntos de calcetines y varios pares de zapatos. La última parte era realmente importante. Lo justo para permanecer la semana que, había calculado, le llevaría solucionar los asuntos relacionados

con la muerte de sus padres. Habían sido unas buenas personas o, al menos, eso creía recordar cuando, hacía años, marchó.

Había llegado al aeropuerto sobre las nueve de la mañana, fiel al puntual espíritu alemán (algunos españoles, a veces con mala fe, otras con envidia, se referían a ellos como «cuadriculados»). Esperaba un gran ajetreo, fuertes medidas de seguridad. Todo transcurrió sin apenas dilaciones, plácido.

Tras el accidente, no volvió a saber nunca más de ellos, ni siquiera Emma se atrevió a preguntarle, sin duda creyendo que ambos habían muerto, ¿por qué deshacer el engaño? Cualquier pregunta por su parte hubiese sido incómoda, y no quería relatar las circunstancias que le obligaron a dejar la comarca.

Miró a través de la ventanilla del avión. Parecía pequeño, y las turbulencias se notaban sobremanera. Estaba, sin duda, otra vez en España.

-¿Desea beber algo? -aún recordaba el idioma, ya acostumbrado a pensar en una mezcla de inglés, alemán e italiano latinizado.

Hizo un gesto negativo, para tomar al fin la maleta. Prefirió esperar un segundo antes de acudir a ver a su chófer, aún. Una copa de brandy aligeraría el camino. Tal vez, ahora, podría dormir. Se mintió, como siempre.

Mientras divisaba las montañas, a lo lejos, le invadió una extraña sensación de paz, como si, por fin, el mundo tuviese un orden. Recordó los violines del concierto, las dos melodías, aquella especie de marcha bélica fúnebre, fuerte, casi beethoveniana. Ya casi le había olvidado, Cristóbal, al fin se atrevía a recordar su rostro, entre sus manos, sólo una palabra sin pronunciar en una carta leve.

Despertó, quizá. Respiró un aire nuevo, despacio, despacio...

Las gentes se apelotonaban a la espera de sus equipajes. Parecían ansiosos por visitar el país. La mayoría, extranjeros ingleses, algún que otro alemán y una familia americana (éstos era fácilmente distinguibles debido al aspecto inocente que esgrimían). Estaba, de nuevo, en España.

Cuando salió, él estaba esperando, con un cartel con su nombre escrito, como si se tratase de un extranjero. Los alemanes lo habían preparado todo con especial diligencia (lástima el mal gusto).

El camino se empinaba, a veces, en el viejo coche (no sabía el modelo, era casi legendario su desprecio por los medios de locomoción modernos). Su chófer, por llamarlo de alguna manera, lucía un aspecto rudo y no articuló palabra en todo el trayecto.

Tendría que dormir.

A veces, se despertaba, en el futuro. Había un lapso de tiempo que no había vivido pero que, sin embargo, creía poder recordar. Suponía David que eran las consecuencias directas de la falta de sueño, de un insomnio buscado. Comenzó aquella misma mañana, cuando regresó al trabajo. Los miembros del equipo, con una sola mirada, lo supieron, ya nunca volvió a ser lo mismo con ellos.

-Una pausa innecesaria -diría Emma.

IV

Entró, despacio. El pueblo estaría como siempre, casi había olvidado su nombre, hacía ya demasiado tiempo desde la última vez.

Lo recordaba extraño, tras un velo ajeno, ¿lo habría olvidado?

La montaña, allá a lo lejos, tan cerca, parecía querer huir. A David le resultaba extraña aquella sensación, esa tan común relación entre viento y tierra que se reflejaba constante sobre la ladera. Recordaba el paraje, los largos paseos, cuando, aún precoz, ascendía sin conseguirlo cada roca, todo un desafío. Esperó un momento para tratar de recuperar la sensación, el momento en el que, despacio, Cristóbal se escapaba de entre sus manos, despacio. Como un instante congelado, pareció sentirlo, una extraña fuerza que, lentamente, se llevaba al que fue su amigo durante tantos años. No pasaba un día sin que le tuviese presente, como un fantasma que vela los sueños. Casi podía imaginarlo, sin cerrar los ojos, mientras el viento azotaba su cabellera, aún tupida.

Veinte años después de su marcha, en aquel 6 de enero de 1986, David regresaría al lugar que le vio nacer, un pequeño pueblo que prefería olvidar, en un país al que juró jamás regresar. Había mentido, como siempre.

En sus continuos devaneos por Europa, David había conocido a la que sería su pareja, Emma, una inglesa que parecía querer huir del tópico de la nacionalidad. Suponían, reían: aquel hecho indigno les había unido; bromearan sobre ello. Al igual que Cristóbal, Emma parecía recorrer ajena los boulevares y las plazas, pisar despacio.

Había sido un largo camino. El coche que le trajo hasta el lugar no podía continuar: un terreno demasiado accidentado. No le molestaba caminar, y aún quedaba tiempo. Todavía restaban, según sus cálculos, unos siete kilómetros para llegar a la casa. Tenía todo el día por delante, no había de qué preocuparse.

Doce de la mañana. Un extraño silencio, distinto.

De niño ascendía aquellas mismas laderas y, desde lo alto, contemplaba el desfiladero. No tenían miedo a nada, cuidarían el uno del otro, se decían inconscientes. Sí, con el tiempo aprendió a vivir con ello, a mentir a David, infante aún..., mientras se aferraba a las manos de Cristóbal. No lo olvidaría, cuando finalmente le dejó escapar para verlo por fin caer.

-No podías salvarlo, se te escapó de entre las manos -se decía, se repetía, siempre mentiroso.

Aún hoy, Cristóbal se agarraba a su mano, podía ver sus ojos rasgados y asustados, sus uñas desprendidas

mientras, en el descenso, trataba de aferrarse a las rocas. Éstas resbalaban entre sus dedos, aún finos, Cristóbal se precipitaba, ante la mirada de su amigo que, incapaz, contemplaba la escena, ya desde abajo, ya lejano.

Desde la marcha de Emma, aquella sensación de desasosiego, de estar terriblemente solo, de haberlo estado siempre..., no había abandonado a David. La recordaba mientras, a la vez, trataba inútilmente de olvidarla. Volvía despierto a París y Amsterdam, Londres y Berlín. Solía hablar de ella misma, con aquel acento de ninguna parte, como un alma libre. Nunca la creyó, justo hasta aquella mañana en la que, mientras caían las horas, el hotel se fue llenando de recuerdos. La limpiadora hacía su trabajo, algo más que sábanas sucias.

«Una semana», se dijo. La región en la que había crecido, aquel Maestrazgo que ahora le parecía ajeno, casi amenazador, se caracterizaba por desniveles y bancos de caliza. Tras la muerte de Cristóbal había abandonado el riesgo, la aventura, la vida de adolescente alocado. Se sumergió en los libros y sin demasiado esfuerzo terminó sus estudios de Historia en Alemania. Más tarde, en Italia, fue contratado por una empresa que dependía de la financiación del gobierno inglés y aportaciones privadas. Aquí apareció Emma. Su padre había donado una cantidad

importante de fondos a la entidad y, necesitaba una persona de confianza que los controlase en su nombre: Emma, con su aspecto más italiano que inglés, con sus andares tan torpes como despreocupados, mucho más libre, inteligente y apasionada.

Habían formado un grupo heterogéneo de investigación, se suponía arqueológica. Su especialidad en Geografía le había permitido una cierta distancia para con sus compañeros. Estaba Emma y estaba también un arqueólogo obeso y cejijunto más preocupado por las dietas que por otros hallazgos. Estaban también dos «expertos» en lenguas muertas que parecían temblar cada vez que alguien tenía una duda sobre el griego clásico. Emma hacía su trabajo a las mil maravillas (los donativos se sucedieron uno tras otro para contentar a la buena hija,). Cualquier miembro del equipo podía pedir lo que quisiera. Si no había fondos, ella lo conseguiría. Se había criado como un pájaro, libre, sin la creciente preocupación por la ruina.

Fue en Roma, en un hotel de paso. Nunca olvidaría su nombre: El Dolce Fare Niente. Le miró una noche, no es que tuviera demasiado donde elegir. No hubo disimulos.

-No la pierdas, David. Bien sabes que nuestro proyecto, ahora, depende enteramente de ti.

David tuvo entonces la nada terrible misión de

cuidar de una chiquilla tan poco caprichosa como adelantada. Su mente funcionaba más rápido que la de todos aquellos expertos, no había nada que la detuviera, y parecía mostrar mayor capacidad para las lenguas antiguas que todos ellos, mayor entusiasmo para la arqueología y mayor intuición para la geología. La situación derivó rápidamente en un matriarcado tácito. Nadie se quejó jamás, el equipo tenía dinero a espaldas y una preciosa beneficiaria complaciente con todos, sobre todo con David. Nunca pidió nada hasta aquella mañana en un hotel de Munich.

-No te vayas -le dijo.

Deseó que volviera: no tenía número, ni alma.

La tranquilidad reinaba, casi se podían escuchar las aguas fluir, respirar, entre las colinas y el cielo. Más de una vez recordó las carpetovetónicas explicaciones de Maeterlinck sobre las capas tectónicas y la formación de las elevaciones de terreno, sobre la diosa Diana que, según él, aún velaba aquellas cavernas. Las rocas provenían de la capa turonense, formadas durante la edad mesozoica. Era el tema que más le había seducido cuando llegó a la facultad, tan poco proclive a sueños académicos. Pensaba en el tiempo transcurrido, apenas un segundo para la montaña, su segundo más trágico. Todos aquellos seres

que creían poseer el terreno no eran más que insectos que la arañaban, que trataban de imponerse sin éxito al avance de la naturaleza.

Amaba aquella región, podía reconocerlo. Mientras recorría las alargadas carreteras alemanas y sus planicies no podía dejar de pensar en su pueblo, habría querido olvidar su nombre.

David quería observar el castillo, recordarlo. Antaño residencia señorial de algún señor feudal, la construcción databa del S. XIV, aunque sucesivas remodelaciones habían dado en una especie de híbrido entre fortaleza e iglesia sin demasiado sentido. Sí, Emma lo había dicho una vez, abriendo una hoja del libro al azar, mientras David reía a carcajadas.

-Me gustaría visitar... ¡este castillo! -exclamó sin torcer el gesto.

-Ese lugar que tan al azar pareces haber elegido... Es el lugar donde nací.

Ella ya lo sabía. Sonrió.

Rieron toda la noche, se abrazaron, fumaron y bebieron cerveza y vino y champagne y volvieron juntos al hotel de Munich. Cuando David despertó, Emma había desaparecido, sin dejar una nota tras de sí. En su fuero interno mantenía la esperanza, en un juego tácito de amantes. Tal vez, dos años después de aquella noche

muniquesa, ella aún estaba allí, esperándole en una casa, recogida, ya confundida con las montañas.

David aún recodaba la casa. Cuando recibió la noticia, no sintió nada, como el extranjero de Camus. Esperó un momento, tal vez así... No, era estúpido pensarla, la emoción nunca llegaría. ¿Qué tenía que ver el David que tenía ante el espejo con aquél que un día anunció su marcha? Sólo el reflejo, esa sombra que permanece, inmutable como la montaña que ahora parecía querer susurrarle una historia por escribir. No les echaría de menos, pero sí a la tierra, a Cristóbal, al silencio que reinaba en toda la comarca.

Cerros y mitos silbaban, despacio.

V

Un cartel, reluciente, anunciaba a los turistas la proximidad de la localidad. Antes de llegar, se podía ver, desde mucho antes, la casa que un día moró su amigo Cristóbal, cercana al castillo. Por primera vez en mucho tiempo, pudo respirar libremente.

Cuando se contemplaba por vez primera el castillo, el viajero se sentía cerca, acompañado de aquella sensación familiar, muerta. Recordaba las leyendas de brujas y hechiceros, de seres endemoniados y exorcismos para turistas. Siempre se rieron de todo ello, no sin cierta vergüenza mezclada con respeto. Ninguno había dejado de creer del todo, envueltos en superstición y mito, pero también en formas del entendimiento que, de alguna manera, escapaban a una explicación coherente. Es en ese momento, dicen los ancianos, cuando surgen las sombras.

Maeterlinck siempre lo diría, ante un auditorio de aburridos estudiantes

-Los mitos surgen de las formas más antiguas y se transforman con el tiempo, pero siempre existen en la imaginería popular, así como dejan un inconfundible rastro en la literatura e, incluso, en la filosofía de las generaciones.

Cuando recordaba a su madre, no podía dejar de sentir cierta lástima, colgada de un viejo rosario, rezando y pidiendo por el alma de su hijo pecador. En silencio, ya sin

quererlo, se sonreía. Tampoco ella pudo perdonarle, como nadie en el pueblo quiso hacerlo. Fue la mejor opción, su única salida. Hace veinte años, con dos maletas casi vacías, abandonó la aldea, a sus gentes, a sus padres. Ahora que ya podía divisar, a lo lejos, el castillo, pudo reconocerlo. David se volvió a mentir: sólo una anécdota en un hotel de Munich consiguió hacerle regresar. Sostenía la carta en su bolsillo, el único documento que aún le unía con aquellas gentes. Emma nada tenía que ver con su tierra, ni con ninguna otra. No pertenecía a ningún lugar en concreto.

Cuando, a lo lejos, divisó la vieja casa, supo que algo había cambiado. No era el mismo David que, cada tarde, acudía a buscar a su amigo. Juntos recorrerían las montañas y escucharían el viento, sin quererlo, en aquella juventud despreocupada. Ahora recordaba las aguas silbando y las montañas, de algún modo las podía escuchar, años atrás. Allí seguía, sí..., con más años y muchos recuerdos, pero vacía, podía sentirla, con la piedra muerta, entre retazos de musgo, tiempo. Se sentó unos minutos y decidió descansar, a lo lejos. No parecía haber nadie en la casa, que tenía las ventanas abiertas.

Tal vez le mirase, a través de los cristales, después de tantos años. Como dicen los viejos, el alma permanece para siempre en el lugar en el que fue feliz.

Quizá, despertó de nuevo.

El sol es abrasador. Aquellas regiones tan interiores y abruptas se caracterizan por las temperaturas extremas. Dicen que, cuando el viento silba, es la misma montaña la que habla, sus brujas y sus tan abundantes leyendas. Había tratado de olvidar los cientos de historias, contadas despreocupadamente entre las risas de los asistentes.

Le gustaba aquella que hablaba de las tres brujas que pronosticaban una posesión. Los lugareños lo habían hecho durante siglos para entretenér a los forasteros, que parecían buscar en aquellos lugares un encuentro con sus miedos más irracionales. Para aquéllos que pasean diariamente por esos parajes, las leyendas no son más que eso: cuentos para los turistas. Ni uno solo de los habitantes del pueblo podría creer aquella sarta de estupideces sobre brujas que despeñan recién nacidos. Antiguamente se achacaba ciertos sucesos a la intervención de seres extraordinarios. ¿Tendríamos que seguir creyendo en ello? Quizá, y es que a veces la realidad es aún más cruel.

Pensó en Cristóbal y en Emma, pero también pensó en sus padres. El día que dejó el pueblo, su madre simplemente se giró, sin mirarle: David ya no pertenecía a aquel lugar, desde entonces ya no era hijo suyo. Lo dejó de ser cuando soltó la mano de Cristóbal, consciente, todos en el pueblo lo sabían. No le soportaba, con sus torpes andares y su voz ronca. Sin embargo, algo había cambiado

también para ella, demasiado anclada en las costumbres del pueblo. Lo había pensado tantas y tantas veces.., nada podía recriminarla. Imbuida de tradición, nunca podría perdonar a su único hijo.

El viento silbaba, «cantaba la montaña», como solían decir los ancianos. Su antiguo profesor hubiese disfrutado con aquel paraje, cerrado en sí mismo, susurrante como sus gentes, de mirada lejana, cercana, sencilla, sincera. Sí, amaba todas aquellas montañas, la sensación de soledad y desasosiego, la extraña paz del que nada tiene que esperar, que sentir, porque todo lo ha sentido ya, extrañamente conectado con los siglos y la tierra. Lo recordó, en una habitación de Munich, solo.

Silencio.

Cuando despertó, ya anochecía. No se sentía pesado, ni con el sopor posterior al sueño. Tomó la maleta y, mecánicamente, emprendió el camino, despacio, entre los valles y el sonido del vado cadencioso. Conocía el trayecto de memoria.

En las noches, se puede escuchar el crepitar del pueblo desde lo lejos, el olor a leña quemada y frío. Si se presta atención, la montaña nos cuenta su historia, que habla de piedras y movimientos, de gentes y guerras. El pueblo, según decían, era uno de los más antiguos de la

comarca. Fundado por los cartagineses, había vivido tiempos de mayor gloria, incluso se habían librado algunas gloriosas batallas (el castillo había sufrido las consecuencias de las contiendas). Cuando la necesidad de tales fortificaciones comenzó a descender, no quedó rastro de lo que en un tiempo fue un pueblo de mercaderes, lugar de peregrinos y mercancías, moderno y próspero. Las almenas derruidas hablaban de mejores momentos. David sonrió.

Avanzó. A través de las ventanas cerradas podía escuchar a las gentes que susurraban. ¿Qué importaba? Ya no parecía el tímido David que había dejado aquellas tierras. Ahora era todo un hombre de mundo, de gafas finas y sus gestos estilizados. Ellos no le reconocerían, habían ya transcurrido demasiados años, Emma, Roma, Berlín, Munich, Emma. Esperó y se ajustó los anteojos. Sólo restaban unos metros para llegar a la casa que un día fue su hogar, al fondo.

Allí estaba el banco, como siempre, en la calle principal. De pequeño, solía mirar desde el exterior, esperando que su padre llegase de tomar un trago. La taberna estaba a apenas cien metros. Jamás llegó tambaleándose ni en mal estado como otros hombres del pueblo. Recordaba perfectamente el día de su marcha. Le miró a los ojos, todo sobraba: Ve, descubre el mundo, nada queda ya aquí para ti.

Silencio.

Recordaba aquellas últimas palabras que jamás pronunció, que le hubiese gustado escuchar, en su gesto fruncido, amigable.

Todo estaba demasiado tranquilo, como si el pueblo entero le esperase. La ventana se cerró, despacio, cuando apenas habían transcurrido unos segundos desde que se había sentado en el banco de enfrente de su casa. Antes de volverse, pudo escuchar aquel tono familiar, ronco.

-Has vuelto -dijo una voz-. Te esperábamos. Ella también ha llegado.

VI

Al fondo, se podían escuchar compases sordos, sin pausa.

Jorge López era el padre de Cristóbal. La tarde de la tragedia corrió y abrazó el cadáver de su hijo, aún caliente. Le vio cuando marchaba, con las maletas en la mano. Abrazaba a su esposa que, blanquecina y sin lágrimas, parecía haber perdido el sentido. Le miró alegre y sincero, como se mira al viejo amigo. Su rostro parecía no haber perdido la juventud y la sonrisa.

-Vamos, trae acá eso -dijo Jorge mientras tomaba la maleta de David-. La casa de tus padres es una pocilga, te alojarás con nosotros.

Jorge condujo a David hasta su morada, camino de regreso. Las sombras que parecían haberla cubierto en un primer momento desaparecieron, tornándose luz y fuego paternal.

-Ella llegó hace dos días, para la fiesta. Cuando la vi, me dije: «Al chico le ha ido bien, mira qué ojos más bonitos tiene». Todo el pueblo se alegró mucho cuando conocimos la noticia de tu vuelta, David.

-¿Dónde están?

-¡Pues en el castillo, David! Parece mentira que no te acuerdes, hoy es día de fiesta, todo el pueblo acude a la montaña para... ¡Ya lo he olvidado! Una de tantas historias,

David, mi mujer las conoce mejor que yo... Entre tú y yo, me parece todo una sarta de tonterías, pero se come y se bebe como ningún otro día en el año.

Se podía escuchar a lo lejos a las gentes, el crepitar del fuego y los gritos infantiles que formaban el inconfundible tumulto. Lo recordaba, ahogado.

Jorge rebuscaba en un viejo arcón. En su mano pendía una máscara bastante elegante (tipo veneciana) que contrastaba con la sobriedad del mobiliario. Era casi totalmente blanca, apenas un adorno de plumas en la parte izquierda, un toque de pintura imitando el lápiz de labios y las mejillas rasgadas, simétricas.

-Por lo demás, puedes ir como quieras, no tiene demasiada importancia. Vamos David, ella te espera.

Mientras ascendía por entre las rocas filosas, no podía dejar de pensar en ella y en sus ojos, tan pequeños, tan ingleses..., en sus formas y en su olor, en su tacto. Hacía tanto tiempo de aquéllo que casi lo había olvidado. Dos años habían pasado ya, ¿qué sería de su vida? ¿Le habría esperado todo este tiempo? No, claro que no, todo había sido propiciado por la casualidad y el desatino, tal vez por esas combinaciones que, sin llegar a ser fruto del azar, vuelven y desvelan el camino por andar. Llamémoslo «suerte».

Se acercaban, despacio. Parecía que no hubiesen transcurrido los años por Jorge, que ascendía a grandes zancadas las estiradas rocas. De vez en cuando, y como si se tratase de una prueba de virilidad, Jorge miraba hacia atrás y se compadecía del joven de la ciudad, del que años atrás había dejado el pueblo, de aquél que había dejado caer a su hijo para que muriese despeñado.

-Hace algunos meses estuve en la ciudad -dijo Jorge, que le daba un minuto para reponerse a David-. Sólo había que mirarles un segundo para darse cuenta de que toda aquella gente estaba desfallecida. Mírate, chico..., apenas tienes treinta y algo y pareces mayor que yo... Será el aire o la montaña, o el río o el maldito pozo de agua, que vendrá envenenada. Supongo que todo ello nos hizo fuertes, David, salvajes como para soportar un invierno aislados, como para... ¡Bueno, hemos de seguir, amigo mío! ¡Adelante!

El castillo esgrimía sus fauces, allá a lo lejos. Ahora, al fin, comenzaba a recordar las fiestas a las que solía acudir de niño. Todo un misterio, velado por tiempo, crestas de tierra y leyendas. Era «cosa de mayores».

-Mira -diría Cristóbal, hacía tiempo. Abrió aquel mismo arcón y extrajo la careta de Jorge, su padre.- Con esto se disfrazan.

Aquella misma máscara que, ahora, sostenía en sus

manos.

-Has faltado a tu iniciación, David, pero no importa, tampoco es gran cosa, ya sabes... Las típicas leyendas locales, una tradición sin sentido que se conserva pero... Siempre es divertido respetar las viejas costumbres.

Cuando estaban a punto de llegar a la antigua fortaleza, se cruzaron con unos niños, que emprendían el camino de regreso, como el mismo David lo haría años atrás. Ahora lo recordaba, de nuevo: los infantes tenían que volver pronto. Se podía ver el fuego hasta bien entrada la mañana, en la que los padres regresaban a casa, todos ellos. A veces, los chicos miraban desde lo lejos: fuego, sombras y espejos sobre el castillo.

-Dentro de pocos años -diría Cristóbal-, estaremos allí, entre los adultos, y podremos participar de los rituales y fumar con ellos, emborracharnos como dos hombres de verdad... Sólo quedan unos años.

Ante su padre, David no podía dejar de pensar en Cristóbal. Ojalá estuviese con ellos, con David, en aquella noche clara de luna llena.

-Estamos a punto de llegar -dijo Jorge-. Vamos, ponte la máscara. Nadie puede verse durante la fiesta.

Se podían ver las antorchas sobre algunos capiteles y a las gentes desperdigadas, aún tranquilas, dispuestas caóticamente a través de todo el castillo y sus

inmediaciones. La máscara de Jorge no tenía adorno alguno, como la del resto de participantes en tan extraño ritual.

-Toma la antorcha y haz lo que el resto. Vamos David... ¡Que no se diga! ¡Naciste en esta tierra y de estas montañas bebiste el mismo viento que nosotros! Hay cosas que no se olvidan.

Jorge dio una palmada en la espalda a David. En Alemania, ya nadie se tocaba. Tomó la antorcha y esperó, embutido en su máscara de adornos venecianos. ¿Dónde estaría ella?

Se acercaron al fuego. Trató de disimular, perdiéndose entre la multitud. Nadie hablaba ya, nadie sabía bien quién era. Al unísono, se acercaron y se colocaron en torno a una gran hoguera dispuesta en el centro de las ruinas del castillo. Una de ellas, de largos cabellos grises, habló.

-Por este fuego rememoramos los muertos y el tiempo. Por este fuego hablamos con la montaña y los valles, los ríos y los seres que, desde siempre, han existido y hablado con estas tierras. Es hora de recordar las leyendas, a las tres brujas que un día perecieron bajo estas llamas y que, con este fuego, recordamos..., para nunca más volver a nombrar.

Todos acercaron las antorchas y prendieron la

hoguera central. David miró un momento alrededor, le había perdido, lástima no haberse fijado en sus ropas, con lo que podría distinguirlo del resto. El fuego ardió despacio, mientras aquella especie de hechicera se retiraba. Los asistentes dejaron las antorchas y se dirigieron, con especial alegría, a las mesas dispuestas en un extremo. Tomaron vasos y bebieron de unas botellas verdosas, sin marca conocida. Alguien le ofreció un vaso, sobre el tumulto.

-Es la mejor noche del año. ¡Has elegido un buen momento para regresar, amigo!

Bebieron, casi al unísono. Todos le reconocían, bajo aquella piel ajena de porcelana. Los más adelantados ya habían tomado varias medidas de aquel brebaje amargo. Recordó la absenta que una vez trató de probar, quizá se tratase de un derivado local o de una especie de destilado de grano. Las gentes lo bebían como agua, un trago tras otro y algunos arrojaban los vasos a la hoguera, que parecía responderles con su rugido. La hechicera bebía, también, alejada de la multitud.

Podía, sin quererlo, reconocer las facciones bajo las máscaras: allí estaban sus compañeros de colegio, la maestra y el tabernero, Jorge y dos rostros ancianos, desdibujados en el anonimato. Bajo el calor ficticio de la hoguera, sólo elevaban ligeramente sus máscaras para

beber y dar un par de caladas a los cigarrillos, escasos debido a la incomodidad.

David tomó otro vaso del brebaje. Había alegría jactanciosa en el ambiente, que parecía tomar cada vez tintes más extraños, mezcla de fuego, agua, viento y tierra. Y es que, como decía su profesor de mitología, fueron los griegos los que dieron la cosmogonía verdadera del mundo, el resto de los siglos ha sido una variación de los postulados helénicos. Miraba así y veía a sátiros que afanaban presas y ninfas seductoras, observaba las lamias y los espíritus, bajo el candor del abrasador fuego, espeso.

David se sentó un momento más, esperándola, ella bien sabría reconocerle.

Podía entender, en parte, las viejas historias de leyendas medievales, en las que ninfas seducían a viajeros y lugareños. Las vería danzar, incitadoras, con las máscaras que prometían más que velaban. Sí, todo aquello parecía una nueva reunión convocada por Zeus. Bailaban, se arremolinaban y reían, bajo el sereno velo de los labios rectos, ocultos..., prometían placeres. David aún la aguardaba, entre aquel enjambre de bocas selladas, quebradas y frías.

-La palabra alemana para designar a la ninfa era knospe, y en latín nubere -diría el siempre escasamente afable Maeterlinck-. Las ninfas eran deidades femeninas

inferiores y habitaban en arboledas, en valles y cerros, en cañadas y grutas. Velaban el sueño de los mortales y vigilaban así su destino, inasibles. A veces, a las ninfas que habitan una montaña se las nombra por el mismo nombre.

Si se observaba con atención, había pequeñas diferencias en las máscaras, mínimas: había tres mujeres que llevaban una especie de marca en la parte superior, mientras que la hechicera (que parecía representar a la sacerdotisa) llevaba una pluma colgada del pelo. David los miró un segundo más, mientras éstos no parecían percatarse de su presencia. Se engañó, una vez más.

-¿Qué tal va todo? -dijo una voz desconocida que le alargó un vaso de brebaje.

-Extraño, extraño -dijo sonriente, tardó en darse cuenta que su gesto de amistad no podía ser apreciado por el otro conferenciente.

-No te asistes, David. Sólo es una larga tradición para ahuyentar brujas... Ya sabes, leyendas para viejas. La verdad es que no creo ni una sola palabra, pero se bebe como nunca, y no importa lo borracho que termines, siempre habrá alguien a tu lado en peor estado que tú.
¡Vamos, bebamos!

Brindaron, una vez más. David sentía su cabeza tambalearse de un lugar a otro del castillo, que le observaba. Curiosa forma de perecer, bajo las formas

estiradas de una hoguera, recordando tiempos de superstición y mito, aún presentes en determinadas geografías.

-Todas ellas tienen una función específica dentro de la fiesta. Eres un viejo amigo, David, mereces saberlo, te marchaste hace demasiado tiempo para poder recordarlo, mucho antes de que pudieras participar... Todo ha de mantener un orden, David, y este pueblo es el guardián de la montaña.

El desconocido pareció guiñarle el ojo, a través de la máscara.

-Siempre ha habido treinta y dos mujeres en el pueblo, el número no varía a través de los siglos, ni una más ni una menos, treinta y dos ha de ser el número. Al menos, eso dicen los supersticiosos. Cuando alguna muere, otra ha de llegar, siempre ha sido así.

David se giró y dio la espalda al desconocido. No quería ofenderle (a pesar de que la idea le parecía claramente ridícula), el brebaje le había sentado mal.

-¿Qué diantres estamos tomando? -preguntó David.

-No te hará daño. Se destila de algunas plantas locales. No tienen nombre, sólo la hechicera sabe realmente cuáles son, y sólo se toma esta bazofia hoy, está prohibido el resto de los días... rituales mágicos y demás. No, David, yo tampoco creo en ello, pero son cosas que

hay que respetar... Es como el carnaval, un día en el que todo está permitido, en el que hasta los niños pueden beber un poco de vino. Aquí es un poco diferente, pero sigue siendo lo mismo. Tenemos nuestras tres brujas y recuerdos, nuestro castillo y nuestras montañas. Es probable que todo esto te parezca extraño, supongo que a mí también me lo parecería pero... ¡Aquí estamos, amigo mío, viejo amigo mío!

-¿Quién eres? -el desconocido se giró, contrariado.

-Nada de nombres, amigo. Todos te conocemos, porque eres el nuevo, no tiene importancia que sepamos tu nombre, pero tú no debes conocer el nuestro, es parte de la iniciación, ¿recuerdas?

David recordaba las historias que los niños escuchaban cuchichear a los viejos. Era una manera como otra cualquiera de divertirse. Por un día, los niños regresaban responsables a sus casas mientras los adultos festejaban hasta que despuntaba el sol. Ahora, al fin, años después, David se encontraba entre los adultos, buscando a una mujer entre máscaras iguales, perdido, borracho, quizá drogado.

-No debes hablar con las mujeres, es muy importante esto. Ellas te hablarán si quieren algo. No, bajo ningún concepto las hables. Ya sabes, hoy está todo cambiado, amigo mío. Mira, ¡ya llegan!

Al fondo se vislumbraron unos hombres que portaban un gran asado, un cochinillo o algo similar (aunque mucho más grande). Hubo un regocijo general mezclado con vítores y algunos aplausos, tímidos.

-¡Es hora de comer! ¡Vamos!

El desconocido corrió hacia el asado, que repartían algunos hombres. Las mujeres permanecieron apartadas, quietas. Veinte años después, David había vuelto a recordar España, su tierra, labriegos y superstición, guerras y alegría, tristeza y fuerza, tierra de reyes y dioses pero, sobre todo, tierra de hombres y margas, rojo sangre. Las mujeres que saltaban eran las mismas que un día se sentaron a la mesa de Zeus. Ahora el tiempo era diferente, y no era Artemisia junto a Hermes, eran mujeres de aspecto recio, más fuertes que sus antecesoras. De alguna manera, ellas también recordaban.

Creyó verla, por un segundo, embutida en una túnica blanca, como si fuera una sacerdotisa. Esperaría. Le miró un momento rezagado, no podría dejarla escapar..., sólo había treinta y dos mujeres, un número escaso para dejarla ir. Había esperado ya dos años y, ahora, no se sentía con fuerzas para insultar a toda aquella gente que, lo recordara o no, eran su pueblo. Pronto la imagen desapareció y todo continúo, como una nube espesa que se cierne, sobre el

fuego, embrujador. Cumpliría las reglas.

Aquel profesor alemán le hablaba también del fuego y de su importancia en las fiestas, que se remontaba a Celtas e Íberos, espejos de los hombres que ahora se abalanzaban sobre el asado. Afirmaba que el culto al fuego era en realidad una ofrenda al sol, y se recordaba en la noche junto a la luna, masculino y femenino, unidos.

La miró, de nuevo, llena. Despacio, recordaba. Esperaría.

VII

Se acercó lentamente, como una liebre, olisqueándole casi, juguetona y tierna. Se sentó junto a él, sobre la dura roca. Como siempre, seguiría las reglas: las siguió en la Universidad y las siguió con la empresa, acató las normas que Emma le impuso, «no podrás retenerme»..., acató las normas de ese pueblo al que despreciaba, acató el silencio de su padre cuando, sin mover los labios lo dijo:

-No, ya no queda nada para ti en estas tierras. Busca tu camino lejos de estos cerros y aguas estancadas.

Cristóbal nunca volvería. Aquel día, David, aún un niño, contemplaba desde lo alto a su amigo..., caía despacio. El pueblo entero recordaría por eso su nombre.

Olía a brasas quemadas y la máscara estaba manchada de ceniza. Era su pelo y eran sus manos inglesas, inconfundibles. También estaban allí sus negros ojos rasgados y su tez blanquecina, la misma que un día quemó en la Toscana. Por un momento, miraron el fuego, algunos hombres aún bailaban cerca, con la sola música del crepitar de las ascuas. Tomó de la mano a David y suspiró. La escuchó de una manera nueva, recordando su primer despertar y el adiós, el castillo al azar señalado en una vieja guía de castillos de España.

Toda la región se abalanzaba ahora sobre él, con sus leyendas sin sentido y su superstición. Los veía, fieros y

humanos. Recordaba, recordaba, poco a poco.

Ella permanecía pálida, como si la máscara se fundiese en su rostro, callada. Fue un momento, antes de que desapareciese. Quiso sentirla cerca, como antaño, en aquella habitación de Munich. Se recostó sobre su pecho, abrazándole, como si la historia, aún, transcurriese en dos sentidos, esquiva. La tomó también de la mano, como si ya lo hubiese decidido, en un futuro enmascarado.

Silencio, de nuevo, entre blancas paredes.

Apenas pudo dormir aquella noche, apenas podía ya soñar, David, desde aquella habitación en Munich. Pasaron los días y volvió junto a los expertos en lenguas antiguas, junto al geólogo, volvieron a Roma y a París..., a Londres. Un simple telegrama dio con todas sus esperanzas al traste. Hacía algunos meses que sabían de su existencia. Se despidieron con una fría palmada en la espalda. Eran profesiones duras, quizás se volverían a encontrar en alguna conferencia, tal vez en algún apartado café. Harían como que no se habrían visto, en silencio, harían cómo que aquel viaje a la Toscana nunca hubiese sucedido.

David viajó sin rumbo algunos meses, los primeros de su vida alejado de los libros y el trabajo. Fue un mes sin leer un solo artículo relacionado con la historia o lugares remotos. Se levantaba a mediodía y daba un largo paseo, olvidando el nombre de los muros que le rodeaban, su

pasado y su historia. No miraba ya, en silencio... Las gentes pasaban a su lado, invisible, sin sombra. Certo día, creyó verla en un lugar, en Moscú. Embutida en un viejo gabán, sonrió, tras la máscara. Ella parecía también querer recordar, no se volvió, tampoco él la alertó. Se había ido, hasta aquella noche de brujas y encuentros de miedos y superstición.

A lo lejos, alguien la avisó, en un gesto certero. Se sobresaltó, como un conejo asustado. Bastó un segundo para que, de nuevo, se perdiera, entre las brasas llameantes y vocerío. David la vio alejarse, entre el denso reflejo de la hoguera. Fue junto a las mujeres y esperó paciente, ante las atentas miradas de los hombres, que la recorrían, mientras ellas colocaban algunas plumas sobre la máscara, tal vez para algún baile o ritual. Tenía tantas ganas de verla de nuevo, de intercambiar algunas palabras, preguntarle, simplemente, por qué.

En silencio, tomó otro trago. Lo apuró sin miedo.

Pudo verle en la distancia, casi como algo real, ya se tambaleaba.

-Te esperaba, David -dijo la figura, sin torcer el gesto, como si hablase al horizonte-, todos te esperábamos. ¿Cuánto hace?

-Mucho tiempo -respondió David, que buscaba un

banco en el que sentarse-, según dicen algunos..., veinte años ya.

-¿Pensabas que no te perdonaríamos?

-Supongo que este lugar no tenía más que ofrecerme, o que nada más quería ofrecer a este lugar... Buscaba algo más que grandes montañas y arena.

-Nadie dijo que fuese culpa tuya.

-Todos me miraron y me señalaron con un dedo invisible. Apenas era un muchacho. Ella, simplemente, se giró y esperó mi marcha.

-Te esperó, David. Podíamos verla cada día, en frente de su casa, con la entrada perfectamente barrida, con los muebles relucientes. Te esperó hasta el mismo día en el que murió.

-¿Cómo sucedió? La carta sólo hablaba de un accidente.

-Los accidentes ocurren, amigo mío, a ti también te ocurrieron, es mejor no conjeturar con ellos, deberías saberlo mejor que nadie, ¿acaso importa?

-Quizá no, ¿nos conocemos?

-No, no nos conocemos, David. En cambio, durante un tiempo, sí creímos conocernos. ¿Lo recuerdas? Veinte años, dijimos.

-Éramos unos chavales, poco más. Son ese tipo de cosas que se dicen para siempre volver a olvidar.

-Míralos, David -dijo el hombre, pequeño, con el hombro izquierdo ligeramente encorvado-, ¿acaso crees que ellos pueden olvidar? Ya lo dijo el sabio: el olvido es el carcelero de la mente. Deja escapar pequeños retazos para que no nos volvamos locos. Nosotros tenemos pocos lujo: ninguno de ellos olvida, ninguno de nosotros te ha podido olvidar, tu espíritu aún está con nosotros.

-¿Preguntaba por mí?

-Has estado siempre aquí, David, pude verte aquel día, y pude verte cada día, vagando, ¿recuerdas?

Las palabras, a veces, suenan demasiado enigmáticas, grandilocuentes..., por el efecto del alcohol: todo aquello seguía sonando a cuento de hadas. ¿Cristóbal? ¿Sería aquello una especie de broma macabra? Tras su marcha, nunca había tenido muy buena opinión de sus antiguos vecinos, pero jamás había considerado el motivo de la venganza. Aquellas palabras sonaban a miedo encerrado, a remordimientos y cólera contenida.

-Te conozco muy bien, David, siempre te he conocido, sabía que cumplirías tu promesa, que regresarías a beber conmigo tras los veinte años.

Por un momento, recordó, por toda la vida. Estaban sobre el desfiladero, como siempre. Cristóbal jugaba en el borde, coqueteando con caerse. De vez en cuando, todos los niños le conocían, nos engañaba fingiendo algún

resbalón, algún tropezón juvenil. Estaba como siempre: infantil, seguro, fanfarrón, sano.

-¿Sabes, David? -dijo su recuerdo, dijo Cristóbal, dijo la sombra.- Dentro de veinte años volveremos a estas mismas montañas. Tú serás alguien famoso, alguien importante, con los libros que tanto te gusta leer. Te convertirás en un sabio, pero un día... Regresarás a ver a tu amigo Cristóbal, volverás y, juntos, beberemos vino y fumaremos cigarros negros, como dos tipos de pelo en pecho. ¡Promételo, David, promételo!

-Sí, Cristóbal, lo prometo -respondió David, casi sin pensar, demasiados años.

-Veinte años justos, David. Serán veinte años, en el castillo. Al anochecer, nos encontraremos.

David abrió de nuevo los ojos, ante la sombra de capa fina y máscara.

-Se lo prometiste a un amigo. Alguien que ha nacido bajo la sombra de la montaña no puede olvidar, no podemos permitirnos ese lujo.

-¿Qué queréis de mí?

-Nadie te hará nada, no temas. Nadie piensa ya en una venganza o humillación. La inglesa vino, fue Jorge quien la acogió, casi como a una hija, es un buen hombre. Te echó de menos.

-Más que mi propia madre.

-Sólo hizo lo que se esperaba de ella, creyó que con esa resolución se ganaría el respeto del resto, sobre todo de las mujeres. La resolución sorprendió a todos. Que hayas querido olvidar no quiere decir que hayas olvidado. Dicen que, incluso, algunos logran recordar la cueva.

-¿La cueva?

-Es la montaña, siempre es la montaña la que nos hace recordar lo que una vez fuimos, lo que seremos para siempre. Mira, ya se dirigen las mujeres a la caverna, la prepararán.

-La disponen toda su vida para este momento, ¿no es cierto? Algo he leído, algo recuerdo de mis tiempos de estudiante. Los antiguos ritos de Diana.

-Son más antiguos, según he oído, pero ya sabes... Aquí nada se pierde, llevan siglos rindiendo culto a las antiguas deidades.

-Extraño, Cristóbal.

Por un momento, David le creyó ver sonreír, a través de la máscara que ocultaba su rostro. A lo lejos, las mujeres se preparaban y la adecentaban, perfumándola y peinándola. Los hombres, despacio, tomaban un elemento: tierra algunos, agua otros, otros antorchas.

-Has cumplido tu promesa, David. Siempre supe que lo harías.

-Siempre temí este momento, cuando os encontrara,

de nuevo. Había algo que me decía que no habías muerto, algo que te había salvado de la caída, pude verte, desde abajo, mientras te precipitabas.

-Sí, también tú estabas allí. Te vi: te arrodillaste junto a mí y recogiste la sangre que manaba de mi cabeza. Estabas asustado, fue la primera vez que sentiste que no estabas solo.

-Eso dije.

-Eso dijisteis, los dos. Cuando lo comprendí, caminamos juntos por la montaña, como hace tiempo. Se nos dio el regalo de poder contemplarnos, David. Vamos, está todo preparado.

-¿Es ella?

-Siempre ha estado aquí, David, como tú y como yo, como la misma montaña que ahora nos mira. Entremos, todos podemos mirar. ¡Brindemos!

David y Cristóbal se miraron, de nuevo. Podía ver sus ojos, radiantes. Los hombres casi se empujaban para ser los primeros, para lograr un mejor lugar. Eran aquéllos del primer grupo, los espectadores, podían recordar, poco a poco, cómo se celebraban aquel tipo de rituales, su iniciación.

-Todo saldrá bien, ya ha sido preparada. Hemos tardado en encontrarla, pero fuiste tú quien finalmente la halló. Creímos que te equivocabas, David, pero nos diste

una lección a todos. Ella nos eligió, entonces estuvimos seguros.

-¿La noche del mapa?

-No nos engañaremos, fue una desilusión en un primer momento, pero pronto todo cambió. Fue ella quien vino a nosotros. Al principio, no encontrábamos su sombra. Ya sabes, cuesta encontrar a algunas, sobre todo cuando no se ha convivido con ellas, cuando no forman parte del eco de la montaña.

Llegaron. Allí estaba ella, ataviada como un pájaro enroscado, con una máscara bien diferente, esta vez sin abertura en la zona de los ojos del antifaz. Estaba radiante, tras la túnica blanca de las sacerdotisas del culto. No podría mirar.

-Sólo una es la elegida, y así siempre se ha hecho, de generación en generación.

-Para engendrar a la próxima sacerdotisa, eso dicen los cuentos.

-Es preciosa, David. ¿Cómo la encontraste?

-Sólo -dijo David balbuceante-. Sólo tuve que seguir su sombra.

No pudo verlo. Ella, tras la niebla, tal vez sonrió.

David esperó en el exterior, ebrio. Al fondo, unos hombres se ataviaban con máscaras representando formas

de animales. Conocía los ritos, sí, mantenidos desde ya la época mesopotámica, perdidos tras las guerras de los siglos. Dicen que, entre el años seis mil y tres mil antes de Jesucristo, tenía lugar un culto a la mujer, a la diosa (Naturaleza llamaban algunos). Maeterlinck la llamaba la Diosa Blanca, otros la nombran como Proserpina, Diana o Hera.

-Mira, David, ya despiertan las sombras.

Despacio, la montaña dejó escapar su rugido, despacio, desde siglos para los hombres. Acompañó el lamento también las aguas del río, y el viento abrazó la montaña, despacio, mientras el fuego reavivó, aún con más ahínco si cabe, su canción quebrada. Así llamaron los elementos a las sombras que, resplandecientes, ya despertaban. El río tomó un color añil, pudo verlo sin cerrar los ojos, y así surgieron las primeras gotas que se desprendieron del agua. Silbó la montaña, lenguaje de signos y vientos, así desplazó el agua y, en su camino, se fue llenando de tierra roja, cada vez más grande. Tomó la tierra forma sin apariencia, y se formaron grandes agrupaciones que, despacio, desaparecieron, sombras, volviendo a la tierra, fuego roto.

Desde el interior de la caverna, los hombres cantaban, coro de la montaña.

Ahora lo comprendía, extraño. Desde el fondo,

surgieron las sombras, todas ellas. Había una sombra para cada hombre y una sombra para cada mujer. Corrieron, extrañas, sin gritos ni tensión, también al interior de la cueva, mientras el fuego alumbraba con sus cenizas los reflejos, alma plena. No, no podía mirar, intentó cerrar los ojos, siempre en vano. Conocía los rituales de apareamiento que se celebraban, de esta manera surgían los líderes y sacerdotisas. Bebían de leyendas los ciclos artúricos y los antiguos druidas, con idéntica raíz cultural. No pudo mirar, no pudo cerrar los ojos.

Del fondo surgió, también, pudo verlo, su propia sombra entre la multitud. Los buscó a todos y a todos encontró. Vio, al fin, el rostro de su padre: Has regresado, hijo. Lo volvería a decir, siempre. Se sentó, despacio, sin miedo. La multitud se acercaba, como fantasmas sin rostro que velaban las rocas, infatigables al tiempo.

Era la montaña y era el tiempo, con las ninfas que saltaban de roca en roca, ridículo sátiro griego. El río habló también, con su rostro quebrado y líquido, con su voz profunda. Hablaron peces y árboles, ramas..., hablaron con la voz profunda de la montaña, y hablaron todas las criaturas al unísono, sombras y cuerpos, mientras ella, ahora lo comprendía, Naturaleza, inglesa, griega, fenicia, cartaginesa y universal. El cielo, esbelto, calló también, mientras las sombras vestidas de animales entraban

también en la cueva, mientras ardía el fuego.

David tomó arena, apenas un pequeño pedazo, la palpó y se le escapó entre sus dedos, gran obra de la montaña. Al fin, despacio, pudo entender su sentido, ver a Atenea surgir de la cabeza de Zeus. Así formaban las sombras, iguales a los seres humanos, reflejos eternos.

Abrió los ojos una vez más y, al amparo de la montaña, pudo sentir cómo su propia sombra, cargada de siglos, eterna y fugaz, le atravesaba. Se desplomó entonces David, golpeándose con las rocas. No morirás, diría su sombra, que conocía la llave de todos los destinos y caminos.

VIII

Despacio, la sombra entró en la cueva.

»Despiertan las sombras una vez al año. Los hombres, hechos de agua y carne, contemplan su rostro verdadero, en ésta la que ellos llaman «Noche de Sombras».

>Viven las sombras, almas verdaderas, ocultas a los ojos del mundo, sólo saliendo una vez al año, como difuntos. Sólo algunos hombres pueden contemplar su verdadero rostro, y son estos hombres los llamados sabios y adivinos.

>Todos los hombres nacen con la virtud de poder contemplar su sombra. Pronto olvidan éstos lo que por esencia les pertenece y dedican su vida a convencerse junto a los otros hombres de que nunca ellos así pudieron ver, su sombra. A veces, es el mismo individuo el que siente una extraña presencia que le toma por el hombro, que le indica el camino. Suelen los hombres ignorar su presencia, y llaman locos a aquéllos que pueden notar la presencia. Tratan a estos seres como animales, y les dan pequeños fragmentos artificiales que evitan las que los otros, ciegos, llaman «alucinaciones». Así, el considerado loco ya no podrá jamás contemplar su alma, y vive el hombre medio hombre, ni siquiera como el resto de seres de agua y carne que no pueden mirar su sombra, no... Vive apartado y solo, considerado indigno.

>No siempre sucedió así. Hubo un tiempo en el que, gracias a diversas formas empleadas por los seres, podían los elegidos ver su sombra. El que llamaban brujo consultaba a las sombras y éstas le hablaban con su mismo lenguaje, que no siempre comprendía. Hablaban de los bosques y de los animales, de los peligros de otros hombres que no creían ya en su sombra y que, para evitar morir, construían aparatos para que otros recordasen sus nombres. Utilizaban las máquinas para destruir a otros seres, estúpidos, ya que sólo podían matar el cuerpo, pero no a su sombra, eterna. Surgía de nuevo de la sombra el aliento, y así la montaña de nuevo insuflaba vida en un nuevo cuerpo, y el hombre nacía de nuevo, aprendiendo otra vez las mismas lecciones y los mismos tiempos, que a veces parecían tan distintos, que siempre eran tan iguales.

>Hay sombras de tierra y de agua, como también las hay de viento y fuego, ya lo decían los sabios antiguos antes de olvidar las lecciones de la tierra. Así son diferentes las vidas de los hombres, según la montaña llene de aliento la carne y su tiempo.

>Cuando un hombre vive la «Noche de Sombras» no olvida jamás el aliento de la montaña. Vive así el resto de su vida despierto pero dormido para los demás hombres, que le acusan de loco y zafio. En cada generación hay hombres que contemplan su sombra y hablan de sus

reflejos a otros hombres. Tienen nombres humanos y hablan como humanos, pero caminan entre dos mundos. Los dijeron así los griegos y llamaron a las sombras Números, y ordenaron su ciencia en torno a su esencia olvidada. Gobierna el aliento de la montaña los Números, y todo el cielo bebe de su sabiduría, eterna.

>Dicen los hombres no creer en los vientos ni en el fuego, creen poder controlar la combustión y las mareas y los movimientos. Luchan las generaciones por controlar la materia, que sigue escapando, con su lento ondular, casi imperceptible para la mirada quebrada del hombre. La montaña les mira y les habla, no todos escuchan sus lamentos. Ya no celebran la «Noche de Sombras», en la que surgen las sombras y nombran su sucesor en la tierra, desde el principio de los tiempos. Nace de los elementos y nace de los hombres, por fin juntos.

Ya despierta, la sombra recordó: se llamaba David, en un tiempo, y miró desde abajo cómo su fantasma dejaba caer al que llamó su amigo, Cristóbal, sombra hermana. Le tomó, desde el otro lado, justo antes de soltarle. Quería ver cómo se sentía, a través del espejo ahora quebrado. Cristóbal se agarró a la roca, con el pie derecho, pronto ascendería, trató de aferrarse a su mano, no demasiado fuerte. Se apartó de él, mientras la montaña silbaba, ¿alguna

vez podría perdonarle? Antes de caer, Cristóbal le tomó de ambas manos, los dos caerían, lo vio la sombra de David, despacio. Tenía que salvarle. Ascendió el peñasco y se situó junto a David, ajeno. Sintió un cosquilleo, la sombra le guardaba. Suéltale, caerás tú también, te queda demasiado por hacer. David sintió un cosquilleo, inclasificable..., un frío repentino le recorrió. Sin quererlo, escuchó la voz, se escuchó, quebrado. Cristóbal se agarraba, también él quería verle caer, que ambos muriesen. La sombra de Cristóbal se abrazó a él, despacio, tirando hacia el suelo, con una fuerza descomunal. La sintió, mientras sostenía con ambas manos, sujeto, a David. Suéltale, suéltale. David, ya sin fuerzas, apartó las manos de su amigo y dejó que se precipitase al vacío. Su sombra le tomaba con fuerza, tal vez evitase el final, la montaña hablaría en su nombre. Le miró, una vez más, desde lo alto y cercano al cadáver de Cristóbal, que manaba ya sangre, al lado de su sombra, al fin juntos. Descansa, descansa.

No habría perdón, la montaña había dictado ya su sentencia.

Hablaron las sombras, al unísono, hablaron y su canto sonó claro a David, que escuchaba, cercano a su sombra.

-Levántate, David, no es aún la hora -dijo la sombra-

. Cuando todo sucedió, algunos no entendieron. Ahora todos comprenden.

Algunas sombras velaban la entrada a la cueva, silenciosa.

-Todos ellos lamentaron tu marcha, todos te han pedido perdón.

-¿Dónde está ella?

-Su sombra está en el interior de la cueva. Es la elegida.

David quiso correr al interior e intentar salvarla. No pudo moverse, anclado en la tierra rojiza, al lado de su sombra. Le hablaba.

-Espera, David, no es hora aún. Es todo un honor ser la elegida, ella pertenece a estas tierras y a estos ríos, ella es parte de todo esto, aunque su cuerpo esté a demasiada distancia. La recordamos, feliz mientras te abrazaba. Pude sentir la tristeza de todos, de tu madre y de tu pueblo.

-El día que te fuiste, ya no había nadie, el día que me fui, nadie se despidió.

-Lo hicisteis. ¿Quién es la que está en la cueva, la mujer ataviada como un pájaro?

-Hay un número determinado de sombras, y nunca puede haber más. Debe haber las mismas sombras, sólo de esta manera el mundo está ordenado según el Número, según la montaña. Cuando alguien toma la decisión de

permanecer eternamente en el otro mundo, entonces ya la sombra está para siempre condenada, no tiene nombre ni reflejo. Es entonces cuando la montaña llama a la sacerdotisa y se establece la necesidad de crear otra sombra, para de esta manera mantener el eterno equilibrio.

-Las sombras no tienen padre -dijeron-. La sombra es sólo hija de la montaña, y parte de los cuatro elementos.

-¿Quién es ella?

-Ella siempre ha estado aquí, ella es parte de esto, como la nueva sombra será parte de la montaña y los ríos.

-¿Cristóbal?

-Sólo algunos entendieron aquel día. Ella no se giró.

-Cristóbal yacía en el suelo, sin vida, todas las sombras se acercaron. Cuando alguien disgusta a la montaña, la sombra desaparece y permanece para siempre entre los dos mundos.

Recordaba el sonido de los tambores y la montaña, recordaba el trino y, sobre su hombro, una mano, amiga.

IX

Desapareció, entre las nubes y las últimas brasas de la hoguera, a punto de extinguirse. Cuando despertó, David soñó con su rostro, a través de la máscara, en una cueva rodeada de espectros claros. Yacía de frente, tumbada sobre la roca, encinta. Había seres disfrazados, con cabeza de animal y cuerpo de hombre, había fuego y ella la limpiaba con agua.

El rostro, como dice la leyenda, se podía contemplar a sí mismo. Allí estaba David, en sus dos formas, mientras la tomaba, con cabeza de gato. David se miraba, sentado y tranquilo. Los hombres aún fumaban. Ella ya no sonreía, sin forma, alejada de aquella habitación de Munich de paredes pintadas de blanco.

Continúo soñando y la vio, le tomaba de la mano y juntos hacían planes que ambos sabían que no se cumplirían.

-Cuando toda la expedición termine -decía ella, ahora casi sin acento,- nos merecemos unas vacaciones.... Una temporada tranquila junto al mar..., una casa, tal vez un gato, David, ¿te gustan los gatos?

-Siempre he tenido debilidad por los gatos -Emma le miraba con cariño, quizá lo supo en ese momento: no tardaría en abandonarle.

-¿Y qué me dices de una casa en la montaña? ¡Sería

maravilloso! Con su pequeño jardín... ¡Sí! -atoraba las palabras-. Y tu gatito correrá y se acurrucará sobre mis rodillas, ¿verdad que será bonito?

-Lo será -dijo David. Ahora ya despierta, le abrazaba en la cueva de brasas y sal. La sacerdotisa les miraba, mientras los hombres, ya relajados, aún esperaban. Era la tierra roja y, vestido de felino, se lamentaba. También su sombra buscaba las palabras, también quería que se quedara junto a él. Trató de asirla, cada vez más fuerte, reteniéndola junto a él. Pudo verlo reflejado en el espejo claramente, sentirlo y tocarlo, tocarlas, despacio, en un tiempo que se quiebra, en dos direcciones.

El gato cerró sus fauces y las clavó en su espalda, ella le devolvió la mirada, esperó, un poco, para después apartarle, rápidamente, desprenderse de él. Ella se giró, sobre sí misma. Ya todo había terminado.

Habló, de nuevo, la sacerdotisa de la montaña, habló con voz ronca de tiempo. A través de los árboles podía verse un ligero resplandor, mientras la luna, aún, permanecía llena, encinta, sobre su cuerpo cansado. La taparon y la llevaron fuera.

Las sombras desaparecieron y se perdieron entre los páramos, entre los cerros y las calizas, entre la falda de la montaña y sus ríos, una vez más. Los hombres despertaban

del letargo, despacio. Ya no se miraban. Sacaron a la muchacha cubierta en sábanas, bajo un tenue manto de luz primera.

Desde un alto, Cristóbal le miraba. La llevan al bosque, al lugar donde nacen las sombras. Ahora recordaba, por fin. Descansa, descansa.

X

Mientras se alejaba, David pudo contemplar dos sombras que le miraban fijamente, sinceras, vivas. Sin siquiera abrir los ojos pudo recordarlas, le tenían, aún bebé entre sus brazos, le acunaban en las noches de invierno, subían las montañas juntos, los tres, familia.

-Cuidado, hijo, no vayas a caerte, -le dijo tierna, cariñosa.

Pálido aún, David vio, a través de la montaña, un resplandor cálido, espeso y limpio. Desaparecieron las dos sombras para regresar al bosque. David marchaba, más allá de las montañas, de regreso.

Sin quererlo, miró en sus bolsillos. Ahí seguía la entrada para el concierto de Shübert. Tal vez, algún día, ella quisiera acompañarle, de nuevo. Volverían y se sentarían en aquellos mismos cafés de Munich, Berlín y París, harían planes sobre una bella casa al lado del mar, sobre un pequeño gato..., o tal vez nunca regresaría, ya espesa, tras la montaña cenicienta. Recordó los primeros compases del concierto, de las dos melodías que, espesas, trataban de imponerse.

-La diosa guarda secretos para aquellos que saben mirar -dijo Maeterlinck en su última clase-. Cuando ya no esté, alguien vendrá a ocupar mi puesto como guerrero del bosque. Será alguien más joven y sabio, tal vez... ¡Rían,

amigos! Será alguien que, un día y tras el eco de la montaña, contempló su sombra sobre la ladera. Habló con ella y con Afrodita, habló con los ríos y los árboles. Algún día aparecerá ese guerrero de la rama dorada, el guardián del bosque, el héroe de Virgilio y el que contempló su rostro en el espejo de Diana.

Maeterlinck dejó la clase. Años más tarde, David le recordaría, entre rocas mesozoicas y perfiles quebrados, entre tierra roja y arcilla húmeda, en aquella cueva de la que pendía una rama.

Tal vez, algún día, volvería a encontrarla.

Silencio.

Humo.

